

encomendó la parte médica de la tripulacion, y tomamos por contramaestre á Jacobo Douglas, llevando ademá tres carpinteros, un herrero y un cocinero, componiéndose el resto de dicha tripulacion de escoceses, holandeses y dinamarqueses. Yo compré dos hermosos perros de Terra-Nova enseñados á tirar fardos y á comer pescado fresco ó salado.

Para que comprendas tú el rumbo que van á seguir nuestros viajeros, tomarás la esfera, buscarás á Inglaterra, que es una de las islas Británicas pertenecientes á la Europa y situadas en su parte occidental; notarás que dicha isla está separada de la de Irlanda por un pequeño mar, y es natural que adviertas cómo teniendo que ir nuestros viajeros hácia el polo del Norte, y debiendo precisamente buscar el abrigo de las tierras inmediatas, se dirigirán subiendo por ese estrecho mar que separa las dos citadas islas, y tomando mas al Occidente, dejarán á un lado la isla de Islandia, que es también de la Europa y pertenece á Dinamarca; navegarán á distancia de las costas de la Groenlandia, que compone la region mas al Norte de nuestra América Setentrional, y se dirigirán por fin hácia las islas de Spitzberg, que están ya á los 80 grados de latitud Norte. Una vez fijado este derrotero, ya no te hallarás confundida en las regiones en que próximamente vamos á entrar.

Pero noto que mi bujía está próxima á apagarse, y señalando mi reloj la media noche, no me parece oportuno aventurarme á tal hora á los azares de nuestra arriesgada expedicion, y mas bien la dejo para mañana.

## CARTA VII.

*Viaje al polo del Norte.—Aspecto de aquellas regiones.—Un invierno en Spitzberg.—Efectos singulares del frio.—Huracan en las nieves.—Aurora boreal.—Peligros de los hielos.—Situacion nunca explorada, á 60 leguas del eje de la Tierra.—Paisajes en los hielos.*

México, Noviembre 12 de 1861.

Estando ya todo listo, se levó el ancla el 1.º de Junio de 1801: bajamos el Humber á favor de la marea, y en seguida nos engolfamos en el mar. El día 5 llegamos á la embocadura del Forth, y reuniendo toda mi gente les puse de manifiesto el plan de la expedicion y los riesgos que naturalmente debiamos correr, así como las penalidades consiguientes á un viaje de la naturaleza del nuestro: les dije que estaba pronto á dar 25 pesos al que quisiese volverse á tierra, y por contestacion recibí vivas aclamaciones, dirigidas tanto al capitán Slapperwack, á quien dí á reconocer por gefe del buque, como á mi persona, que se reservaba el rumbo y la direccion general de la expedicion.

Hasta el día 22 de Junio, en que alcanzamos el

paralelo de los 70 grados, nada notable habia ocurrido; el ambiente habia ido refrescando cada vez mas; tuvimos á veces grandes olas, tiempo nublado, encontramos varios buques que no reconocimos por la bruma, y aumentando el frio, apelamos á la ropa de abrigo, pues comenzaba á caer la nieve en copos que era preciso ir tirando de las jarcias para que no se acumulasen y causasen luego algun daño en su derrumbe. En este dia 22 oimos tres cañonazos, á los que contestamos, pero sin poder dar con la nave que los disparaba, ni saber si eran de fracaso ó mera advertencia. El dia 25 al medio dia vimos en el horizonte un pálido resplandor, semejante al que producen los últimos rayos del sol; era la luz fosfórica de las nieves, á que se da el nombre de *blink*. El 26 en la noche nos encontrábamos á poco mas de los 74 de latitud Norte. El 28 encontramos un *groenlandés* que nos regaló algunos barriles de aceite y un venado que nos pareció exquisito, pues hacia tiempo que no tomábamos carne fresca. Este dia percibimos la tierra al Noroeste, y juzgamos que no podia ser sino Groenlandia. Estábamos en el paralelo 75 grados.

Las montañas de Groenlandia pueden verse á 40 leguas en el mar; bajan hasta la superficie del agua, y eternamente están cubiertas de hielo y nieve, excepto en los parajes muy escarpados y resbaladizos. Los peñascos y cerros en que no se detiene la nieve, parecen á cierta distancia de un moreno rubio, y luego se presentan con capas de diferentes colores, cubiertas acá y acullá de una poca de tierra y de algunas yerbas y matorrales. En los valles se encuentran algunos arroyos y es-

tanques, y un corto número de arbustos desmedrados. Los escasos habitantes de aquel pais establecen sus habitaciones en la orilla del mar, donde hay alguna pesca, y el interior está del todo desierto. En Groenlandia no se encuentra otra madera que la que llevan á la playa las corrientes y las tempestades que la arrancan de las regiones setentrionales de la Rusia: estas maderas son el pino, el abeto y el alerce en mas abundancia, y troncos de estos árboles flotan constantemente entre los hielos, entregados á las vicisitudes de aquellos terribles mares.

No era nuestro intento detenernos en Groenlandia, pues deseábamos llegar cuanto antes á Spitzberg para pasar allí el invierno, aprovechando despues toda la temporada bonancible y avanzar hácia el polo. Mas sufriendo nuestros perros en su estrecha prision, resolví darles algunos dias de descanso, y tocamos aquellas tristes costas el 30 de Junio. A pesar de aquella soledad y aridez, sentí cierta complacencia al pisar la tierra, y me dirigí al interior con mi escopeta, matando á poco andar un hermoso renjifero, el que me costó trabajo quitar á los perros que se habian echado sobre él, y cuya carne nos pareció exquisita. Tambien habia por allí liebres y una especie de zorros. En cuanto á vegetales no vi mas que musgo y arbustos desmedrados. Allí se pescan grandes arenques y ballenas.

El dia 3 de Julio tuvimos brisas ligeras y un tiempo claro, y se veia de dia lo mismo que de noche, puesto que el Sol no se pone en aquella temporada. Hielos flotantes cuyo fin se nos per-

dia de vista, nos cercaron amenazando con encerrarnos en un cerco impenetrable, que á poco se rompió como por encanto. Las olas en su incesante hervidero reducen el volúmen de esos inmensos témpanos de nieve, magullando los unos contra los otros y socavándolos por las quiebras. Navegamos sosegadamente sobre uno de aquellos enormes trozos que se hundian hasta 60 piés de la superficie. El día 10 de Julio, despues de encontrar varios balleneros que regresaban, avistamos la isla de Carlos, y doblando el Cabo Frio anclamos en un fondo de 15 brazas, donde encontramos un barco holandés que regresaba tambien, y cuyo capitán, al saber nuestro intento de pasar el invierno en Spitzberg, nos miró como á una turba de insensatos, ofreciéndose á llevar á Amsterdam nuestras últimas disposiciones.

Al día siguiente nos dimos á la vela, y engolfados en una niebla densísima oímos un espantoso crujido, ocasionado sin duda por el choque de los témpanos. No podíamos avanzar en direccion alguna sin arduas dificultades, por haberse amontonado los hielos, de suerte que hacian girar la embarcacion como un torbellino. El día 12 botamos la lancha para remolcarnos, y tuvimos mil trabajos para abrirnos paso. Hay mil riesgos en medio de estos hielos, porque el buque puede estrellarse contra ellos, ó pueden cogerlo en medio dos témpanos que se entrecorquen, y en todo caso el exterminio es inevitable. Cayó este día nieve en abundancia, y el termómetro estaba bajo el hielo, aun á las doce de la mañana. Nuestros marineros agotaron sus fuerzas en la maniobra.

El 17 de Julio llegamos á la vista del promontorio de Hacluit, estando á 80 grados de latitud. El 18 llegamos hasta una milla de Peña-Hendida. El 20 llegamos á la isla de Spitzberg, que descubrieron los holandeses, quienes hicieron en ella colgadizos y otras construcciones, y hasta quisieron plantear una colonia; mas todos los habitantes perecieron el primer invierno, y aun se ven allí restos de la poblacion. Los rusos han intentado tambien pasar allí el invierno; pero rara vez sobrevive la mitad de ellos; y nosotros, al desembarcar en aquel país desierto, y al ver que ya los holandeses, que acostumbraban quedarse unos dias mas, se habian ido de allí, siendo hombres avezados al frio y á los rigores del invierno, hice mos sérias reflexiones sobre la situacion difícil que nos esperaba.

Escogimos una ensenada bastante al abrigo de los vientos, y anclamos. Desembarqué con el capitán Slapperwack, Saunders y seis hombres. El suelo era pedregoso y presentaba el horrible aspecto que caracteriza generalmente aquellas regiones. Entre las eslabonadas montañas se percibian acá y acullá enormes pilas de hielo, que se ofrecen á la vista bajo los aspectos mas variados y de mil extrañas maneras. Cuando el tiempo está despejado y el Sol flecha sus rayos, despiden las pilas un vivo resplandor. Ora aparecen tan brillantes como espejos que reverberasen los purpúreos rayos del Sol poniente, ora se tiñen de un azul tan resplandeciente como el zafiro, y á veces se engalanan con los variados matices del arco-iris, sobrepujando en brillo al de las piedras mas ricas, y

derramando por la atmósfera una claridad muy superior á la de los valles de diamantes de la Arabia.

Estando resguardados los tres frentes de aquella bahía por la elevacion de la costa, resolvimos unánimemente establecernos para pasar el invierno en aquel lugar, situado á los 78 grados de latitud Norte. El paraje que escogimos estaba cubierto de enormes peñascos irregulares, resultados sin duda de alguna convulsion violenta de la naturaleza, y en medio sobresalia una especie de plataforma como de cien varas cuadradas, y al abrigo de los torrentes, en uno de cuyos ángulos armamos nuestras tiendas, y bajamos del buque algunas provisiones.

Nuestro principal afan era proporcionarnos un retiro para el invierno; y sabiendo yo que las construcciones levantadas en la superficie de la tierra no dan allí sino muy poco resguardo, dispusimos hacer una habitacion subterránea, como en efecto lo verificamos, formando una muralla con la tierra, dividiendo nuestro sótano en tres espaciosos cuartos, levantando á trechos columnas de construccion tosca, pero de gran solidez, llenando los intervalos con velas y telas embreadas; y no dejando mas que una abertura en medio para pasar de una á otra division. En esas columnas apoyamos las vigas principales que habian de sostener nuestra cubierta, haciéndolas descansar por ambos lados sobre la tierra, y las que habiamos traído ya cortadas para no tener mas trabajo que el de colocarlas. Teniamos un escotillon al que subian por medio de una escala; habia dos aberturas pequeñas para dar salida al humo, y á fal-

tas de ventanas, que hubieran sido poco útiles atendida la poca luz de la luna y de las nieves, única que podia entrar de afuera, teniamos lámparas que nos calentasen al mismo tiempo que alumbrasen. Extendimos telas para cubrir el maderaje, y pusimos pieles de oso embutidas en la puerta para que nos librasen del ambiente. El cuarto de en medio era el mas espacioso, y nos servia de cocina comun á toda la tripulacion. El contiguo á la derecha era nuestro estrado, donde dormia yo con los cabos de la gente, y donde estaban nuestras provisiones mas preciosas, como la pólvora, drogas, licores, libros, instrumentos, etc. Los renglones mas abultados se hacinaron en la tercera pieza, que nos servia de almacén.

Desmantelamos nuestro buque cuanto pudimos, y logramos dejarle bien afirmado para muchos meses en medio de los hielos inmóviles. Colocamos nuestras bareas en un peñascal, y allí formamos un nicho para los perros, que tuvieron que albergarse con nosotros luego que empezó el invierno. Durante todo el verano nos afanamos en abastecernos de pescado, que es abundantísimo allí, y lo conservábamos secándolo al sol ó salándolo, ó depositándolo en la nieve, en la que las carnes conservan su frescura por mucho tiempo, con tal que al deshelas no se echen en agua caliente, pues se pudririan en el acto, sino que se lavan en agua fria. A este último medio de conservar tanto el pescado como la caza, llamábamos escabeche en Spitzberg.

Cuando no era precisa mi presencia me dedicaba á explorar el interior del país. Observé que

los peñascos producen un efecto peregrino, y es que al asomo de una borrasca parecen de fuego, por combinarse los rayos del sol con la claridad de la nieve. La cima de las montañas está casi siempre cubierta de nubes; algunos peñascos parecen formados de una sola piedra desde la base hasta la cima, asemejándose á edificios arruinados; otros se componen de varios trozos enormes, cuya superficie presenta vetas parecidas á las del mármol, salpicadas de rojo, blanco y amarillo. En la parte de estas rocas que está expuesta al Sur y al Oeste, crecen yerbas, musgo, una especie de siemprevivas y otras plantas indígenas; al paso que en la parte que mira al Norte y al Este, conserva el viento un frio tan intenso, que destruye toda vegetacion. Las plantas llegan á su desarrollo en poquísimo espacio de tiempo. La tierra debe su poca feracidad al excremento de las aves que van allí en la primavera y que luego se alejan en busca de regiones cálidas. En el discurso de mis correrías no ví mas que dos rengíferos que tuve la dicha de matar; y tanto esta especie de animal como el zorro son de los pocos habitantes de aquellos lugares, contándose igualmente los anfibios que abundan, el becerro marino y el caballo marino, que se asemeja tanto al caballo de tierra como la ballena al elefante.

Las heladas comienzan á reinar á fines de Setiembre. Estábamos á principios de Octubre, y se helaba la tinta al lado de la lumbre. Las paredes y pilares de nuestra habitacion se escarchaban, alcanzando hasta nuestros cobertores aquel aljófár. Todos los licores se helaron, y el aguardiente y el

espíritu del vino tomaron la consistencia del aceite helado, y el aceite la del jamon, en términos que se podia cortar por tajadas. El frio fué siempre aumentando hasta principios de Marzo, y era tan violento, que se partian las piedras, estallando con estrépito. Algunas veces se cubria el mar de un vapor tan denso como el humo de un horno, que se llama humo de hielo, el cual no es tan frio como el ambiente puro. En el interior de nuestra habitacion era una extrañeza el ver toneles de cerveza demolidos por el frio, y hombres afanados en romper ó aserrar trozos de cerveza helada. La carne estaba empedernida y aun á veces permanecia helada por el centro, despues de haber estado largo rato en el agua hirviendo. Todos nuestros instrumentos de matemáticas quedaron de tal modo alterados por la condensacion del frio, que nos fué casi imposible hacer uso de ellos, y tuvimos que envolver con pieles los telescopios para evitar que se quebrasen los tubos. Los grandes clavos empleados en la construccion de nuestra morada se angostaron; en términos que se podian arrancar sin el menor esfuerzo. Ningun reloj podia andar sin la precaucion de tenerlo al lado del fuego, encerrado en una caja guarnecida de lana y cubierta de una piel. Entonces era expuesto el tocar los metales, vidrio ó porcelana, porque podian dichas materias, por efecto singular de la contraccion que produce en ellas el frio, pegarse á la mano, sin que fuese posible separarlas sin arrancar la piel.

Nuestros dos gatos, de hermosas pintas, padecian tanto del rigor del frio, que se arrimaban á la lumbre hasta el punto de asarse, y mucho antes

que hubiese llegado el frío á su mayor extremidad, los lindos matices de sus pieles se habian vuelto blancos. La misma trasformacion acaeci6 en los perros, que se volvieron perfectamente blancos, y estaban de puro débiles aletargados. En el interior de nuestra habitacion solia señalar el termómetro 20 grados bajo cero, y el azogue que expuse al aire en una taza de café, se volvió tan duro que se podia echar al suelo sin que sus partes se separasen. Apenas era suficiente el calor de las estufas y lámparas para mantener la circulacion de la sangre. Tal es aquel clima en que, á pesar de todo esto, se ha emprendido formar establecimientos: tan cierto es que la codicia y la ambicion arrostran todo peligro. Tomamos todas nuestras disposiciones para precavernos del invierno, que comenzaba á encrudecerse mas y mas, y nos divertiamos mientras en dar caza á las becerras y bueyes marinos y á los osos blancos.

Por Diciembre nos hizo perder el frío dos de nuestros perros, y tuvimos que abrigar con nosotros á los demas, resultando de tal aglomeramiento un desaseo inevitable en nuestra habitacion, y un aire pestífero, y teniendo que romper con frecuencia el hielo que se formaba en la chimenea para no ahogarnos con el humo y la fetidez. No apetéciamos mas que estar junto á la lumbre, pues el calor animal no es allí bastante á mantener la sangre en circulacion. Nevó mucho en este mes de Diciembre y quedamos enterrados debajo de la nieve, que se alzaba veinte piés sobre nuestra habitacion, atendido el tramo que atravesaban los palos añadidos con que haciamos respirar la chi-

menea; y estábamos temerosos de que derritiéndose de pronto aquella nieve, nos inundase; pero esta zozobra quedó desvanecida por el huracan mas horroroso que jamás he presenciado. En un instante dispersó el viento aquellos prodigiosos montones de nieve, llevándose moles enormes con una violencia tal que las montañas solas en la naturaleza eran capaces de resistir.

El estruendo de esta tempestad que bramaba en todas las direcciones de la atmósfera, se asemejaba al rayo acompañado de torbellinos; nos parecia oír al Océano rodando sobre nuestras cabezas y la tierra que temblaba bajo nuestros piés: á cada momento temiamos ver nuestra techumbre arrebatada por el viento, y encontrarnos á descubierto en nuestro subterráneo, como el pájaro en su nido cuando el segador corta las espigas que le guarecian. Creiamos que nuestra embarcacion no hubiera podido resistir á semejante cataclismo, y quedábamos desahuciados de proseguir nuestros descubrimientos polares. Me causó tal zozobra esta idea, que apenas calmó un poco el viento, quise ir á la playa sin reflexionar en el peligro que corria. El hielo habia cerrado tan bien la puerta, que para abrirla tuve que recurrir á palancas y tenazas. Al salir quedé horrorizado, pues nunca se me presentó vista mas espantosa que la escena de desolacion que reinaba afuera.

Saunders y Douglas salieron conmigo. Hacia un frío tan rigoroso, que no nos atreviamos á abrir la boca, y de todas las partes del cuerpo, los ojos solo estaban expuestos al aire. Todo yacía enterrado en la nieve, de suerte que nos hubiera sido

imposible distinguir el mar de la tierra, si antes no hubiésemos visto aquellos sitios. Tras largo y penoso ahinco llegamos á descubrir nuestra embarcacion sepultada en la nieve, en el mismo paraje en que la habiamos dejado.

La luna resplandecia en medio del silencio de la noche, y de improviso fué apagada su luz por los fulgores de una aurora boreal. Vimos hácia el Sur una inmensa extension del firmamento teñida de vivísimo encarnado; parecia que toda la constelacion de Orion se bañaba en sangre. Esta luz, inmóvil al principio, mudó luego de lugar y de color; matizóse de azul y violeta, encaramándose despues en cúpula sobre nuestras cabezas, delineando arcos en todas direcciones, que parecian otros tantos ropajes, hasta que al fin toda la bóveda celeste se engalanó con su esclarecido cortinaje, de donde surtian manantiales de oro bruñido y de luz, por entre los que flechaban las estrellas sus rayos inflamados. Al ver aquel sublime espectáculo, el alma estaba en raptó tal, que no podia menos de reconocer en esta magnífica obra la diestra del poderoso Artífice del Universo. En un instante todos aquellos fuegos se comprimieron hácia su centro comun, y desaparecieron despues hácia el Sudoeste del zenit.

Observé que entonces, cuando estaba abierta la puerta de nuestra habitacion, introduciéndose el aire exterior, convertia los vapores húmedos de que estaba llena, en copos de nieve que caian sobre nuestros muebles y vestidos. Habiendo aumentado la violencia del frio, se rajaron los pilares y las vigas, y muchos llegaron á estallar, con

alarma nuestra, sucediendo que nuestro pilar principal se partió de arriba á abajo, y tuvimos que ceñirlo con fuertes aros de roble. El termómetro de Reaumur señalaba 37 grados bajo cero, y nuestros espíritus de vino se coagularon enteramente. Cualquiera que entonces se hubiese atrevido á salir de nuestra habitacion, hubiera espirado en el acto. Tuvimos que tomar todas las precauciones posibles para impedir que el frío hiciese reventar las vasijas que contenian nuestros líquidos, pues de otro modo no hubiéramos conservado ninguno. Guardamos religiosamente la fiesta de Navidad; pero no observé entusiasmo entre mis compañeros, quizá por disminuirse notablemente la animacion y el calor vital en aquellas regiones, hasta el grado que un hombre puede beber cada dia tres cuartillos de espíritus puros, mezclados con otro tanto de agua, sin emborracharse, y como quien tomase igual cantidad de cerveza comun en Inglaterra. Tuve que escribir una parte de la relacion de mi viaje con un pincel, porque la tinta se helaba en la pluma.

El dia 1.º de Febrero fué quizá el mas extremo. No hacia el mas mínimo viento, y estábamos empedernidos con una especie de frio mortal de que es imposible formarse concepto. Ya antes habia sucedido que haciamos salir un rato á los perros; pero quedaban fuera muy poco tiempo. Deseoso de aprovechar la bonanza, y no previendo el peligro á que los exponia, los solté aquella vez, estándome al extremo de la escalera, bien embocado con mis pieles. No estaba tan despejada la luna como solia; pero los fuegos setentrionales

eran muy resplandecientes. Al cabo de pocos momentos vi que nuestros seis perros corrian juntos hácia la puerta; cuatro de ellos la alcanzaron medio muertos, y los otros dos se pararon de repente á algunos pasos de distancia. No sabiendo á qué atribuir esta rareza, y no viéndolos hacer movimiento alguno, corrí prontamente hácia ellos, y los encontré helados de muerte en el verdadero ademán de la carrera. En un instante se apoderó de mí un entorpecimiento á manera de letargo, y tuvieron que meterme, volviéndome Saunders á la vida por medio de un cordial. El termómetro marcaba 40 grados bajo cero.

En el mes de Abril aun señalaba el termómetro 30 grados bajo cero, y hasta el mes de Mayo no vintieron los rayos del Sol á iluminar nuestro horizonte. A menos de haberse hallado en nuestra situacion, imposible es formar concepto de los halagüeños impulsos que experimentamos al ver este astro centellante de luz, volver á tomar majestuosamente posesion de los cielos, disipando en un momento las tinieblas en que por tantos meses yaciamos envueltos. Aumentando poco á poco el calor, principió á derretirse la nieve en los puntos elevados, y á descubrirse la tierra. Los pájaros, que se habian ausentado de aquellos climas, volvieron á visitarlos, y la inmensa extension de hielo que cubria el Océano empezó á fermentar y á rajarse con espantosos estallidos. Entonces comenzamos los preparativos de nuestra gran empresa.

Dispusimos nuestra embarcacion y provisiones, y el dia 2 de Junio levamos el ancla favorecidos

por un buen viento, dirigiéndonos al Noroeste, despidiéndonos de la isla de Spitzberg, y dejando nuestro cobertizo, que mas tarde dió abrigo á una expedicion rusa, cuyos elogios mereció. Navegábamos con bastante desahogo por medio de los hielos flotantes, y cuando perdimos la tierra de vista sopló un viento fresco, levantando enormes oleadas que descargaban sobre la cubierta. Sucediónos muchas veces tener por tierra enormes trozos de hielo que salian inmóviles en forma de promontorios ó cabos, y no era poco nuestro chasco al reconocer el yerro por medio de nuestro telescopio. Cada vez se dificultaba mas la maniobra, pues nos cercaban los hielos; el timon, que requería gran tino, se confió á Douglas, y el resto de la tripulacion trabajaba en la popa para énsanchar el paso del buque empujando los témpanos con largos palos: estos témpanos, por mas grandes que sean, ceden al empuje de la embarcacion.

El dia 10 se separaron los hielos, adelantándonos velozmente al Norte; pero en breve volvimos á vernos rodeados de bajos. Las fuerzas combinadas del viento, del cabrestante y de los palos, produjeron una violenta compresion en los bajos, y logramos pasar por parajes muy dificiles.

Soplando el viento el 20 con impetu, nos encontramos á su impulso y al de las corrientes, llegando hasta los 86 grados de latitud, es decir, á 80 leguas del polo. Por la tarde divisamos tierra, y deseosos de desembarcar en donde nadie habia puesto hasta entonces los piés, encontramos una isla, á la que llamé del Burgomaestre.

El dia 23 nos volvimos á poner en camino, per-



diendo de vista la isla. La mudanza de viento nos obligó á amarrarnos en un banco, donde por un movimiento repentino del hielo pegado, nos encontramos de todo punto encarcelados. Los carámbanos nadantes nos estrechaban sobre los bajíos, y viendo que el peligro era inminente, procuramos con gran esfuerzo y alcanzamos por medio de un trabajo de 36 horas, la entrada de un lago en que podríamos estar seguros. Pero una mole inmensa de nieve venia hácia nosotros, amenazándonos con sus picos, y no nos quedaba mas recurso que abrir una cuenca en el hielo; empresa que requirió sumas dificultades, que probaban de lo que es capaz el hombre cuando le va en ello la vida. Las sierras de que nos valíamos para tajar el hielo tenían 14 piés de largo y 7 de ancho, y sus dientes eran de pulgada y media. Nos creíamos ya seguros, cuando las moles descomunales que nos cercaban, moviéndonos simultáneamente, destruyeron nuestra embarcacion, haciéndola casi descuadernarse; de manera que fué preciso reponer, pasado el primer momento, los travesaños de fierro que quedaron rotos. Pero en seguida volvimos á iguales peligros, y en tales sobresaltos anduvimos tres dias. Una vez pudimos deshacer el círculo de témpanos descargando sobre él una andana de cañonazos que conmovió horriblemente aquellas soledades, y que se repitió en ecos infinitos y terribles.

El dia 27 divisamos tierra, y cuando creíamos haber descubierto un nuevo paraíso terrenal, se desvaneció nuestra ilusion viendo desiertas y estériles regiones enteramente solitarias, y cuyas

cadenas de montañas se iban elevando hasta encumbrarse en el horizonte. Embarquéme al punto en una lancha y tomé posesion de aquella tierra, bautizándola con el nombre de *Continente Polar*. El silencio sumo que reinaba allí hizo tal impresion en un jóven de las cercanías de Inglaterra, que se escabulló de entre nosotros y le fuimos á encontrar echado á la orilla de un arroyuelo, en ademán desesperado y deshecho en lágrimas; pretendia quedarse allí á morir, recordando su país y considerando imposible volver á atravesar el círculo de hielos. Le hice llevar entre dos á la embarcacion, y para reanimar los ánimos distribuí doble racion de aguardiente.

Ocho dias permanecimos en aquella tierra, en la que nos fué imposible avanzar hácia el Norte por entre los hielos. Nos habiamos adelantado ya dos grados mas lejos que todos los navegantes conocidos, distando únicamente unas 60 leguas del eje de la Tierra; y por mas repugnancia que sintiésemos al retroceder, no nos quedaba otro partido que tomar si queriamos conservar nuestras vidas. Toda la tripulacion se sintió reanimada al saber tal cosa, y el dia 10 de Julio mudamos de rumbo para despedirnos de aquellas regiones inhabitables del *Continente Polar*.

Reinaba una calma absoluta y teniamos que ir remolcando la embarcacion, abriéndonos difícil paso por entre los hielos, hasta el grado que comenzamos á temer si nollegariamos ni aun á Spitzberg. El 4 de Agosto pasamos por dos llanuras de hielo en que jugaban varios osos, y dimos muerte á uno de ellos, que pesaba 700 libras y cuya carne

nos pareció exquisita. El día 10 reconocimos estar cerca de Spitzberg; pero los hielos se estrechaban en torno de nosotros. Los marineros mataron este día un caballo marino y le prendieron fuego, lo cual presentó el magnífico cuadro de un incendio general que producian los reflejos de la nieve, y atrajo muchos osos al olor del aceite quemado.

El día 12 llegamos al medio de las Siete Islas y nos hallamos enteramente cercados de hielo, siendo inútiles cuantos esfuerzos hicimos para abrirnos paso, y tomando al fin la desesperada resolución, para no pasar allí el invierno, de dirigirnos en nuestras barcas, ya sobre la nieve arastrándolas, ó ya en las escasas aguas hasta Spitzberg. Cuando estuvieron cargadas nuestras barcas y trineo con nuestros viveres y efectos preciosos, recomendé á la gente empleara la noche durmiendo para poder ponernos en camino á la madrugada siguiente. A las seis todos estábamos prontos, excepto Douglas, á quien fui á encontrar afeitándose con mucha calma, y con la firme resolución de no separarse del navío mientras tuviera dos tablas juntas. No creo que mi suerte sea peor que la vuestra—añadió al fin—pues vais á hacer una peregrina expedición de osos blancos, y yo puedo de un momento á otro sacar el buque de estos obstáculos. Tres hombres se quedaron con Douglas.

El trineo caminaba con la mayor facilidad, pero tuvimos que arreglar su marcha á la nuestra, que era sumamente pausada, pues en seis horas apenas avanzamos una milla. A esta distancia nos paramos á comer, estenuados de cansancio; y en-

cendiendo lumbre con la madera flotante que recogimos, íbamos á cocer algunas tajadas de oso y de pescado, cuando nos alcanzaron los compañeros de Douglas trayendo vaca cocida y sopa caliente, con lo que nos reanimamos un poco. A las 5 de la tarde el conductor del trineo disparó el mosquete, y hubo alarma creyéndose que íbamos á habérnoslas con los osos blancos que andaban cerca; pero era que llegábamos al fin de nuestro viaje, pues el hielo se había cuarteado allí, de modo que se sumieron los perros del trineo, y fué preciso sacrificarlos cortando los tirantes para salvar aquel, catástrofe que nos consternó. Moaiéndose todos aquellos hielos pudo la embarcación salir del cerco y alcanzarnos, con gran alborozo de todos. Caminábamos, sin embargo, de un peligro en otro, y nuestros marineros habían trabajado ya 24 horas como caballos y estaban rendidos de cansancio. Pero el Todopoderoso pareció echar sobre nosotros una mirada compasiva, y cambiando el viento vimos roto el hielo por todas partes con terrible estrépito.

El 15 de Agosto, despues de algunas horas de navegación, perdimos de vista las Siete Islas y columbramos con alborozo á Spitzberg. Era muy vistoso el aspecto de los hielos que nos rodeaban entonces; vimos uno que representaba un arco magnífico; otro una iglesia con sus claraboyas, sus columnas y bóvedas, y con algo de ayuda de imaginación se veían castillos encantados, torres góticas, etc., desterrándose con estos paisajes la tristeza general. Como á las ocho de la noche oímos un cañonazo que nos anunciaba por prime-

ra vez en mucho tiempo, que no éramos los únicos habitantes del globo.

Al día siguiente, por la tarde, fondeamos en la bahía del Norte, donde encontramos cuatro balle-  
neros holandeses dispuestos á hacerse á la vela. Todos los demas habian marchado ya hacia un mes, y eso que hay cinco buques destinados á irse quedando uno á uno, despues de la temporada de la pesca, para recoger á los rezagados entre las nieves, cuya institucion filantrópica honra mucho al gobierno holandés.

El día 24 dos de aquellos barcos se dieron á la vela, advirtiéndonos no nos detuviésemos mucho tiempo para no ser sorprendidos por los hielos. Hacia tantos meses que no veíamos mas que nubes y hielos, que todo nos parecia encantador ahora en las costas de Spitzberg. Mientras nuestra tripulacion trabajaba en los preparativos del viaje, hice una correría hasta nuestra antigua habitacion: ¡todo habia sido presa de las llamas! é ignoro si esto se hizo de intento ó por acaso; pero debíamos mirarnos muy felices en no tener ya necesidad de este refugio.

Durante el resto de nuestro viaje de vuelta, fuimos acometidos por huracanes y tempestades, y no sin una especie de milagro llegamos el día 5 de Octubre á la boca del Forth, pues estaba el buque de tal manera destrozado y hacia tanta agua, que no hubiera podido resistir el mar 24 horas mas.

Aquí terminó uno de los viajes mas extraordinarios que haya ejecutado el hombre.

## CARTA VIII.

*Trastornos aparentes en el sistema del Universo.—Tempestades.—Una tempestad salva á la Francia.—Terremotos.—Erupciones volcánicas en general.—Huracanes.—Fenómenos atmosféricos.—Fuegos meteorológicos.—Eclipses.—Cambios ó fases de la Luna.—Cometas.—Causas y utilidades de todos estos fenómenos.*

México, Noviembre 20 de 1861.

La Naturaleza nos presenta á menudo ciertos fenómenos que comunmente llevan consigo la admiracion, la sublimidad y el terror, y que aparecen á nuestros ojos como verdaderos trastornos en el sistema del Universo; pero muy lejos de ser así, tales accidentes vienen á evitar grandes males, á purificar nuestra atmósfera y á causarnos á veces agradables sorpresas y placeres.

La tempestad es uno de los fenómenos mas imponentes y sublimes, y el que á pesar de repetirse cada dia, jamas ha presentado un cuadro igual á otro. Los paisajes risueños del estio y del otoño son variados con frecuencia por estas conmociones; y el júbilo de los cazadores al descubrir la pista de las fieras del bosque, suele ser interrumpido por uno de estos espectáculos grandio-